

---

# Globalización versus fundamentalismo en Israel

---

Joseph Hodara

**E**l propósito de este ensayo es caracterizar dos corrientes que ya modelan los contornos y las tendencias del siglo XXI y, con particular énfasis, delinear las consecuencias que gestarán en la sociedad israelí.<sup>1</sup> Aludo a la globalización, de un lado, y al fundamentalismo, del otro<sup>2</sup>. La primera acentúa –y a menudo pervierte– a escala internacional los principios y las prácticas del liberalismo político y económico al desbordar los límites convencionales del Estado–Nación y al esterilizar directrices –cuando existen– encaminadas a moderar la ausencia o la flaqueza de la equidad social. Propicia, además, un culto excluyente a la racionalidad modernista y a la presunta sabiduría del mercado, al tiempo que incentiva la movilidad y la cúpula transnacional de los factores productivos y financieros.

En contraste, el fundamentalismo glorifica las virtudes de un colectivismo sustentado en nociones teológicas y metafísicas adversas a la razón instrumental; coloca a la comunidad de los creyentes por encima de categorías estatales o nacionales, y considera que las fuerzas del mercado, eximidas de un control trascendente, conducen a la recolonización opresiva de culturas y países, amén de una perversa secularidad<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Este ensayo es una expresión adicional de las preocupaciones del autor por los futuros de la sociedad israelí y del universo judío. Véanse como antecedentes J. Hodara, *Tres ensayos de Amos Oz, Nexos*, diciembre 2006, México, y también *Israel e Irán: contrapunto nuclear, Letras Libres*, mayo de 2007, México.

<sup>2</sup> La literatura que indaga los rasgos de la globalización y del fundamentalismo como magnas tendencias de la mitad del siglo XX es extensa. Consúltense, por ejemplo, Barber B., *Jihad vs. Mc World: How Globalism and Tribalism are Shaping the World*, Times books, Nueva York, 1995; S. Hall et. al., *Modernity: An Introduction to Modern Societies*, Cambridge, Blackwell and Open University, Londres, 1996; Held D., *Democracy and the Global Order*, Polity Press, Cambridge, 1995; Scholte J., *Globalization: a Critical Introduction*, Mc Millan, London, 2000; Nitzan J. and Bichler S., *The Global Political Economy of Israel*, Pluto Press, Londres, 2002.

<sup>3</sup> Sobre este tema véase M. Mraty and S. Appelby (eds), *Fundamentalism Comprehended*, University of Chicago Press, 1995 y T. Ali, *The Clash of Fundamentalisms*, Verso, Londres, 2002.

Ambas coinciden, sin embargo, en este punto: invalidan, o al menos desdibujan, con ritmo creciente, la solidez y legitimidad del Estado-Nación, entidad que cristalizó en la tradición política de Occidente desde hace tres siglos.

Mi hipótesis: en cuanto fruto de un movimiento nacionalista moderno saturado, empero, por símbolos y prácticas religiosas, Israel será modelado en los próximos años por la feroz rivalidad de las propensiones señaladas. Se trata de una pugna que determinará el carácter de la sociedad civil y las normas políticas y éticas que la presiden, así como la continuidad o clausura de Israel como centro veraz del universo judío.

#### TEXTO Y CONTEXTO

Como Estado-Nación y como sociedad, Israel exhibe características que lo singularizan. Cada una de ellas, apreciadas por separado, no revelan particularidad alguna, pero en conjunto apenas presentan semejanzas con otras estructuras nacionales que podrían invocarse como referencia. Por ejemplo, categorías convencionales como extensión territorial, población e ingreso por habitante revelan un cuadro que apenas es conocido por estudiosos alejados de esta región. Conviene por lo tanto ofrecer algunos datos comparativos.

El área relativamente reducida de Israel es un rasgo conspicuo. Abarca algo más de 20,000 kilómetros cuadrados; si a esta dimensión se le suma la Franja Occidental y El Golán –extensiones que deberán devolverse a palestinos y sirios en el caso de cristalizar un entendimiento regional–, hay que añadir a esta cifra unos 8,000 kilómetros cuadrados. Su población, dentro de los límites internacionalmente aceptados, es exigua: 7.5 millones de habitantes, de los cuales alrededor del 78% son judíos, y un 20% musulmanes. El ingreso por habitante frisa los 30 mil dólares, esto es, Israel se coloca en este renglón en niveles alcanzados por dinámicas economías industrializadas. Cabe añadir que la presencia palestina y musulmana en las áreas militarmente ocupadas por Israel se aproxima a los 4 millones de habitantes, mientras que en las colonias judías se domicilia una décima de esta cifra. El aporte macroeconómico de estas localidades es ínfimo; por el contrario, reclaman amplias porciones del gasto nacional y de las donaciones que fluyen del extranjero, aparte de una costosa vigilancia militar. Este asunto es motivo de ásperas disputas en la opinión pública israelí, y

constituye uno de los factores que explica la crónica inestabilidad política de este país (32 cambios de gobierno en 60 años de existencia nacional).

Para ponderar estas variables con alguna perspectiva, me parece atinado recordar que México, por ejemplo, multiplica por 20 la superficie israelí (2 millones de kilómetros cuadrados), 15 veces la población, y su ingreso por habitante se sitúa en los 10 mil dólares por habitante.

En relación a países considerados pequeños en América Latina, Israel no se destaca ni geográfica ni demográficamente. Cuba, por ejemplo, es cinco veces más extensa, cuenta con una población de casi el doble, y su ingreso per cápita se calcula en 4,500 dólares. República Dominicana dobla a Israel en superficie y hospeda a un tercio superior de población; su ingreso es de 9,200 dólares. Panamá excede tres veces el área israelí, pero su población es menor, y su ingreso rebasa los 11,000 dólares. Sólo Haití posee una extensión comparable (28 mil kilómetros cuadrados), pero una población superior (alrededor de 9 millones), que padece un ínfimo ingreso (apenas 2,000 dólares por habitante).

Cabe añadir que Israel no posee –en contraste con los países citados– recursos naturales de importancia alguna, y que sus principales rubros de exportación (pulido de diamantes, industria militar, floricultura, textiles) se sustentan en una vigorosa dinámica tecnológica. Es importante puntualizar, sin embargo, que este país goza (a semejanza de Egipto desde los acuerdos de Campo David de 1978) de importantes empréstitos norteamericanos de largo plazo que suman 3,000 millones de dólares anuales. Este flujo de capital facilita la instalación y el avance de industrias de fuerte derrama tecnológica, al tiempo que equilibra la balanza de pagos del país. Esto no significa que este ingente flujo es invertido de manera óptima; en no pocos casos ha sostenido proyectos económicamente mal concebidos.

En este contexto, y más allá de sus precarias dimensiones territoriales y demográficas, Israel ejerce sin embargo determinante influencia en los asuntos políticos y militares del Medio Oriente. Primero, es el único país en esta área que ha institucionalizado prácticas y cánones francamente democráticos; después, está dotado de una capacidad militar considerable en términos convencionales y no convencionales, incluyendo arsenal atómico y dos satélites espías que auscultan el planeta Tierra cada 90 minutos; y, en fin, las inversiones en el extranjero de las 20 familias que gravitan

decididamente en su economía se despliegan en un amplio arco que comprende a Europa Oriental, Estados Unidos, India, y las dinámicas económicas del extremo Oriente. Pese a severas y angustiantes demandas a la población (desde la activa defensa militar al pago de altos impuestos), el balance migratorio es cuantitativamente positivo, aunque la emigración es significativa y suele incluir a valiosos recursos humanos. Por ejemplo, se estima que en Estados Unidos se domicilian más de medio millón de israelíes judíos que se han incorporado a las ramas tecnológicas y postindustriales de este país, sin descuidar vigorosos nexos de índole desigual con el país de origen.

En suma: es Israel un país minúsculo que logra sin embargo saliente lugar en los medios y en la comunidad internacional. Y a pesar de su feliz trayectoria sexagenaria, cabe cuestionar su viabilidad cuando hoy encara las tentaciones tanto de la globalización como del fundamentalismo.

#### UNA UTOPIA ISRAELÍ: “EL CRISOL DE LAS DIÁSPORAS”

En los años 50 y 60, la sociedad israelí articuló políticas dirigidas a fomentar una armoniosa integración étnica y estructural.<sup>4</sup> Las ideologías que entonces dominaban, con sus dosis de estatismo por un lado, e impulsos socialistas del otro, combinadas con el carácter de la heterogénea inmigración en aquel periodo, alumbraron la expectativa de que las brechas existentes en el universo judío disperso no se reproducirían en el Israel soberano. Esta convicción emanaba de hondas raíces que nutrieron los inicios del sionismo y de su praxis. Por añadidura, esta voluntad se inspiró en la experiencia norteamericana moldeada por inmigrantes, religiones y razas de orígenes desiguales e incluso adversos que, sin embargo, acertaron en asimilarse al concierto nacional y liberal. Si América pudo lograr esta convergencia cultural, Israel –postulaba el joven Estado con algún engreimiento– no se rezagará a pesar de que la capacidad de absorción, el número de los inmigrantes, y la imposibilidad de vedar su llegada, tornaban impertinente cualquier cotejo.

<sup>4</sup> En cuanto a los orígenes de los conflictos que abruma a la sociedad israelí véase el reciente ensayo de A. Margalit, “Si Israel es la respuesta, cuál es la pregunta”, *Letras Libres*, México, mayo de 2008.

Ciertamente, también gravitaron imperativos militares legitimados por la “mentalidad de sitio”. Circunstancias que reclamaron una fuerte solidaridad colectiva más allá de las diferencias y tensiones grupales que a la sazón se supusieron transitorias. Las distancias étnicas, ideológicas, religiosas, económicas y regionales se diluirían con el tiempo merced a la modernización industrial y a la solidaridad colectiva avivada por el enemigo común. Incluso se suponía que la minoría árabe se integraría parcial pero lealmente a la sociedad israelí más por los beneficios liberales y económicos que por la discriminación objetiva de que era objeto en un Estado que se definía sin apelaciones y sin reservas como judío.

Desde hace tres décadas, la mayoría de los estudiosos del tema coincide en que esta aspiración no fue alcanzada y que ya hoy, y más aún en el futuro cercano, se revelarán nuevas constelaciones que acentuarán las tensiones en la sociedad israelí. Es verosímil, además, que la capacidad de este sistema para negociar los conflictos poniendo acento alternativamente en algunos para moderar a otros, se agotará con el tiempo.

En cualquier caso, se ha institucionalizado hoy un inestable pluralismo cultural que acepta y alienta la diversidad étnica, religiosa y nacional en tanto es “negociable” y no pone en peligro la seguridad militar y la estabilidad estructural del país. Pero el logro de una sociedad equitativa y flexible, capaz de asimilar a los inmigrantes formados en países, tradiciones y tiempos históricos desiguales, ya no es sostenible. Sólo tiene expresión en la retórica política, interesada en preservar un status quo a cualquier precio.

En suma: el dilema actual es cómo administrar un colectivo que experimenta a menudo rajaduras estructurales con el propósito de neutralizar cualquier tendencia susceptible de traducirse en implosiones culturales que fisionen la unidad nacional.<sup>5</sup>

Por otra parte, la relación entre los judíos israelíes y los que judíos que se domicilian fuera del país (los “diaspóricos”) ha mudado signo. El sionismo primario o pre-estatal sostenía que los judíos, al llegar a Israel, deben transitar una transformación cuasi-ontológica. Habrán de repararse y repararse a fin de dar lugar a una generación orgullosa, productiva, capaz de encarar con firmeza cualquier ofensa, amenaza u hostigamiento, en contraste

<sup>5</sup> Ben Porat A., *Divided We Stand: Class Structure in Israel from 1948 to the 1980's*, Nueva York, 1986.

con los judíos “diaspóricos” que el sionismo representaba como débiles, acomodaticios, adversos a cualquier riesgo, y propensos –algunos– a asimilarse al medio y –otros– a segregarse existencialmente de la sociedad que los hospeda. El “nuevo hebreo” –insistió el sionismo laborista pre-estatal– tendrá perfiles absolutamente distintos respecto del judío que habita fuera de Israel y gestó en correspondencia mecanismos institucionales para alcanzarlos. Por esta vía Israel se transformará en el centro cualitativo del pueblo judío; las diásporas constituirán “periferias” destinadas a desaparecer por la vía de la asimilación o de la emigración a este país<sup>6</sup>.

Esta concepción no tiene hoy asidero alguno. Por el contrario, la americanización de amplias porciones de la sociedad israelí, de un lado, y la dependencia económica y política del Estado y de su cambiante liderazgo respecto de las comunidades judías en Estados Unidos y Europa, por el otro, atenúan marcadamente los perfiles de un “nuevo hebreo” y producen dependencias y conformismos que contradicen aquella ingenua versión del sionismo. De hecho, múltiples grupos de la sociedad israelí –políticos, comerciantes, rabinos– dependen de las contribuciones económicas que judíos con fortuna les ofrecen por motivos dispares. La diáspora es funcional al Estado. Sin ella –particularmente sin el respaldo norteamericano– se opearía su viabilidad nacional. Ciertamente, el discurso oficial niega estas premisas a fin de soslayar disonancias cognitivas y políticas.

El resultado es una mercantilización de la política israelí debido a los indispensables aportes originados en el extranjero y la aceptación de la diáspora como una realidad útil y permanente. Para ésta, Israel es una de las opciones posibles de emigrar –si otras están cerradas o no son convenientes– cuando las circunstancias en el país que los judíos habitan se tornan marcadamente hostiles. La experiencia de los judíos en Europa Oriental, en Argentina y, en tiempos recientes, en Venezuela, suministra bases a este aserto.

Sin embargo, pongo entre paréntesis esta conjetura: la emigración israelí a las diásporas de Occidente podría crecer si el Medio Oriente llega a un inestable equilibrio nuclear entre Israel e Irán.

Retorno: las tendencias señaladas adquieren nuevos matices cuando Israel se injerta hoy en los dos magnos procesos que se indicaron en la

<sup>6</sup> Al Haj M., *Immigration and Ethnic Formation in Deeply Divided Societies*, Leiden, Holanda, 2004.

partida. La globalización y el fundamentalismo gestan una conflictiva disparidad entre lo que denominaremos neosionistas y neonacionalistas. Veámos enseguida algunos rasgos de los mismos. Ellos gravitarán, a mi juicio, en las estructuras y en los futuros probables del país<sup>7</sup>.

#### ALGUNOS RASGOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Los estudiosos de este tema oscilan entre una actitud optimista a la Fukuyama ( “fin de la Historia”, “derrumbe de las grandes ideologías” ) y otra lúgubre (el recién fallecido Huntington y el carácter de los futuros conflictos ) cuando aluden a diversas facetas de la globalización<sup>8</sup>. Aquí las referiré al caso israelí.

a) Globalización implica el tránsito de un capitalismo con sede en el Estado–Nación a un capitalismo “postfordista”, englobante, que diversifica el capital, la producción y la fuerza laboral en diferentes países conforme a las ventajas competitivas que dispensan en diversas ramas. Este proceso se verifica en Israel desde los años 70, cuando tanto el Partido Laborista como la derecha nacionalista que ganó el poder pusieron en práctica una política neoliberal, animada por las enseñanzas friedmanianas. Múltiples escollos a la iniciativa privada y al holgado funcionamiento de los mercados se minimizaron, el Estado (incluyendo a la Central de Trabajadores) alentó políticas privatizadoras, el comercio exterior se diversificó junto con las inversiones, y comenzaron a consolidarse grupos y redes compuestas por israelíes, judíos “diaspóricos”, e inversionistas en general, que aciertan a aprovechar las oportunidades ofrecidas por los mercados mundiales. La bolsa se ha convertido en una institución cardinal en la vida cotidiana de los israelíes, que oscila al compás de Wall Street y de las emergentes economías del extremo Oriente y de Europa oriental. En esta coyuntura, porciones de la sociedad civil tienden a internalizar y practicar los postulados del liberalismo económico, que son la médula de la globalización<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Shapira A., *Judíos, israelíes y las distancias entre ellos* (en hebreo) Am Oved, Tel Aviv, 2007.

<sup>8</sup> Huntington S., *The Clash of Civilizations*, New York, Simon and Schuster, 1996; F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Free Press, Nueva York, 1992.

<sup>9</sup> Barber B., *Jihad vs. Mcworld*, Times Books, Nueva York, 1995.

b) Fluye de este rasgo una segunda característica. La administración de las emergentes actividades económicas y financieras se concentra en algunos países y empresas, y en tal caso fortalece al bloque de los Estados-Nación donde se hospedan. Pero la producción se diversifica conforme a criterios de costos comparativos. La revolución en los medios y redes de comunicación posibilita tanto la centralización en las decisiones como –en contrapunto– la dispersión geográfica de las inversiones y de la fuerza laboral. Expresiones en Israel: fábricas que se instalan en Egipto, Jordania, Dubai, China, y Europa Oriental, que implican la desocupación de la fuerza laboral por “cara” e inflexible<sup>10</sup>.

c) Así las cosas, el capital se mueve con agilidad conforme a las cambiantes coyunturas. De esta manera gestan ciclos de prosperidad y crisis en los países donde llegan y a los que oportunamente abandonan, pero el capital apenas sufre con estas oscilaciones. Circunstancia que implica una dependencia importante del Estado-Nación respecto a estos ciclos algo caprichosos de inversión y desinversión. Por ejemplo, la fortaleza relativa de la moneda israelí (shekel) respecto del dólar puede diluirse con rapidez si signos de inestabilidad política o militar se configuran en Israel.

d) Este capitalismo postfordista se sustenta en una dinámica tecnológica orientada constantemente por la investigación científica. Esta actividad eslabonada entre ciencia e ingeniería a veces tiene lugar en institutos universitarios financiada por la gran empresa, pero con frecuencia se verifica en centros autónomos que institucionalizan una división del trabajo entre investigadores y tecnólogos con bienes y servicios reclamados por los mercados dinámicos. Equipos de académicos israelíes forman parte de una división internacional de tareas, y si no obtienen la compensación o el reconocimiento indispensables, emigran a los Estados Unidos para injertarse en equipos tecnológicamente en movimiento.

e) Además, la globalización alienta la privatización no sólo de los agentes y de la actividad sino de los valores. El individualismo gana fuerza, y la aspiración a habitar lugares donde los derechos del individuo y el goce consumista sean superiores se torna legítimo. La emigración ya no es considerada una bajeza o una traición a las aspiraciones nacionales.

<sup>10</sup> Véase Al Haj, *op cit.*

f) La globalización, presidida por firmes tendencias a la estabilidad en países donde el capitalismo amplía su fuerza (incluyendo a China y Rusia) ejerce un control sobre brotes de violencia que pueden alterar el equilibrio internacional. Están atrapados por una sutil dialéctica. De un lado, alientan la industria militar y el comercio de armas y equipos bélicos, pero del otro, procuran que sean utilizados en áreas de valor dispensable y por períodos que no alteren la estabilidad global ni afecten a los países que albergan al gran capital. De aquí una hipótesis que no es infundada: la última guerra en Líbano tuvo por objeto probar nuevos tipos de armas, particularmente en las fuerzas aéreas, y no el rescate de dos prisioneros, como declararon fuentes gubernamentales<sup>11</sup>.

En suma: el efecto eslabonado de la globalización es la reducción real de la presencia y de la gravitación de los Estados nacionales. No sólo adelgaza al Estado económicamente, sino que reduce de hecho su soberanía. Las fronteras políticas se convierten más en una realidad simbólica que efectiva en tanto que las decisiones económicas fluyen y dependen de factores exógenos. Consecuencia sensible para el Estado israelí, tradicionalmente renuente a cualquier variable o coyuntura que puedan reducir su legitimidad y capacidad de maniobra.

#### ALGUNOS RASGOS DEL FUNDAMENTALISMO

En paralelo a la tendencia globalizadora congruente con el optimismo secular del siglo XIX europeo, brota otra que suscita estupor en no pocos círculos. La anunciada “muerte de Dios “ (Nietzsche) difundió la idea en Occidente de que los credos religiosos ya no habrán de gravitar en el espacio público. Constituirán a lo sumo actitudes que se manifestarán en la vida privada de los ciudadanos. La secularización del mundo se antojaba irreversible. O en palabras de Sartre, la cuestión teológica en la modernidad no es probar la existencia de Dios sino resolver qué hacer con Su cadáver y dónde enterrarlo. El trascendente carisma habría huido del mundo.

Premisas que los inquietos inicios del siglo XXI ponen en duda. Dios y Sus representantes presumiblemente autorizados aparecen nuevamente

<sup>11</sup> Véase E. Meir, *La segunda guerra en Líbano: aspectos estratégicos* ( en hebreo), Yedihot Haajaronot, Tel Aviv, 2007.

en la arena pública con el ímpetu de la fe. Cuestionan la legitimidad de los gobiernos laicos y reavivan la tradición y “ los dorados y sagrados tiempos idos”, a fin de gestar un nuevo tipo de sociedad. Este fenómeno, con el nombre de fundamentalismo o integrismo, aparece no sólo en países que surcaban los inicios de la modernidad industrial y urbana, sino en los más adelantados. Musulmanes, cristianos y judíos convergen en esta apetencia, aunque con signos opuestos. Ellos se disputan el liderazgo en este renacimiento de la Divinidad<sup>12</sup>.

Interesan aquí las modalidades del fundamentalismo que afectan al universo israelí y judío. Como se verá, contrasta dramáticamente con las tendencias globalizantes que se comentaron más arriba.

a) Es error pensar que las tendencias fundamentalistas reprueban la actividad económica en sí misma o los avances tecnológicos. Fomentan más bien una suerte de “capitalismo calvinista” tal como Max Weber lo describiera. El trabajo productivo es importante en la medida en que no apareja daños a la colectividad presidida por imperativos teológicos. Se desaprueba cualquier tendencia individualista que se beneficia desmesuradamente de las oportunidades que el mercado concede. Por encima de cualquier empeño singular, hay una autoridad colegiada que dispone de los frutos de la actividad económica según el beneficio que producen a una comunidad unida por la fe. No cabe referirse a Estado o Nación, pues son conceptos modernos y europeos, y, por tanto, pecaminosos e inaceptables. La solidaridad se sustenta en otro género de simbología. Desde este punto de vista, el fundamentalismo no es intelectualmente “primitivista” o, en lo económico, deliberadamente frugal. Se aproxima a los sistemas totalitarios que se conocieron en el siglo XX, que alentaron el potencial económico y financiero como instrumento de ideales metafísicos. Pero en lugar de estar normado por “religiones laicas” como aquellos, tiñen toda actividad corriente con un áurea de santidad. Se trata de un teocapitalismo. Las actividades de los judíos ortodoxos en Israel constituyen ejemplos de esta propensión<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Para ampliar véase de nuevo Mraty M. – Appelby S ( eds) *Fundamentalism Comprehended*, University of Chicago Press, 1995.

<sup>13</sup> Stone J., *On the Boundaries of American Evangelism*, St Martin Press, Nueva York, 1997.

b) Ciertamente, en este sistema no hay espacio para el discurso o las prácticas de la democracia. La privatización es abominable. El poder emana de la lealtad devota a Dios. Un aire y aura de santidad colman a los individuos<sup>14</sup>.

c) Otro rasgo es la censura a la modernidad occidental, culpable de la alienación, colonialismo, el desmembramiento de la familia, y las críticas arbitrarias a los valores consagrados. En el fundamentalismo musulmán la resistencia –con frecuencia violenta– se sustenta en la experiencia imperial que países europeos y Estados Unidos han ejercido y practican. En el cristianismo, se enfatiza el olvido de los valores básicos de la comunidad y tendencias ecuménicas que podrían debilitar su particularismo. Y entre los judíos israelíes, la “americanización” (simbolizada en Tel Aviv) es rechazada, pues involucra un abaratamiento de los valores, disgregación familiar, ausencia de límites en la crítica y desdibujamiento de la identidad nacional. Cabe aspirar al espacio sagrado jerosolimitano.

d) La tecnología es, como ya se subrayó, importante, pero la investigación científica debe ser mantenida dentro de los contornos esenciales del credo. La libertad académica se acepta pero dentro de fronteras pactadas con el poder teológico y premisas metafísicas. Esta limitación incluye a los medios modernos de comunicación (incluyendo Internet). Imágenes, noticias, comentarios, que atenten contra la inmaculada pureza religiosa deben ser eliminados.

e) Finalmente, diversas modalidades de violencia dirigidas contra los profanos son legítimas. El Islam predica el *yihad*, que tiene doble significado: la lucha interna de cada creyente para resistir las tentaciones y apegarse a los ideales religiosos, y el combate contra los enemigos de la fe. Estos deben ser liquidados o convertidos. A su turno, los militantes de Gush Emunim no consideran pecaminoso invadir tierras palestinas o golpear a sus dueños. Por el contrario, son actividades recomendables que aproximan los tiempos de la Redención.

En esta particular configuración determinada por el contrapunto entre globalización y fundamentalismo emergen en Israel dos corrientes que chocan en áspera rivalidad: los neosionistas y los neonacionalistas. Es hora de abordarlos.

<sup>14</sup> I. Shahak– N. Mezvinsky, *Jewish Fundamentalism in Israel*, Pluto Press, Londres, 1999.

*Los neosionistas*

La incorporación de amplias fracciones de la sociedad israelí a la cultura global ha conducido a repensar postulados del sionismo pre-estatal y los actuales términos del discurso gubernamental.

El escritor A. B. Yoshua ha escrito copiosamente en torno a la “normalidad” de los judíos en Israel. Afirma que los judíos israelíes deben verse y medirse conforme a las normas de todos los pueblos. No considerarse “especiales” o “singulares”. Ni creer que poseen alguna prenda singular, distintiva, que los eleva o los distingue de los demás. El etnocentrismo judío tuvo algún valor psicológico y social en la dispersión geográfica y en coyunturas que amenazaron su sobrevivencia. Ya no es así. Al menos en Israel. Creerse excepcionales no sólo cultiva un hueco orgullo. Conduce a Israel a enredarse en situaciones internas y externas que opacan su moralidad. Este llamado a la “normalidad” existencial del colectivo judío en Israel acarrea desde luego un alejamiento de los judíos que habitan fuera del país. Yehosua no manifiesta especial interés por ellos. Si lo desean, pueden instalarse en Israel conforme a sus preferencias y cálculos individuales. O asimilarse a las culturas que habitan. O medrar en un limbo indefinido.

Esta postura se ve acentuada hoy por la inserción del país en el mundo global. Ni el tráfico financiero ni los intercambios culturales aceptan normas discriminatorias, salvo la intensidad de uno y la calidad del otro. La globalización supone y fortalece esta inclinación a la normalidad. Y la viabilidad de Israel depende de su acertada inserción en esta tendencia.

Como resultado, se consolida desde hace varios años una actitud moral y historiográfica que pone en tela de juicio, entre otros temas, la evocación reiterada del Holocausto como hecho singular, sin precedentes, en la humana historia. El académico Y. Elkana, quien como niño sufrió penalidades y agonías en Aushwitz, publicó un artículo en los 80 bajo el título *Okvidar*<sup>15</sup>. Elkana sostuvo allí que la evocación constante en el discurso público del Holocausto, con el fin de excusar actos violentos de las fuerzas armadas o disculpar el derecho de Israel de contravenir códigos internacionales cuando se oponen a sus intereses, constituye tergiversaciones que ofenden

<sup>15</sup> Y. Elkana, *El derecho a okvidar*, *Haaretz*, marzo 2, 1988 (en hebreo).

a las víctimas judías de la Segunda Guerra. En otras palabras, se trata del uso funcional de la historia reciente para justificar actos inadmisibles o dudosos en el presente. Elkana no se enreda en las presentes controversias de los historiadores israelíes acerca de la singularidad del Holocausto como genocidio o como el Mal absoluto, o como el factor determinante del apoyo internacional a la creación de Israel. Solicita más bien ponerlo en contexto, y extraer de él conclusiones que no sean unilaterales. Postura que hoy es ratificada por investigadores que documentan la pasividad de los judíos norteamericanos y latinoamericanos, y los que poblaban la Palestina de entonces, respecto a la matanza industrializada del judaísmo europeo, y que estaba alejada a la sazón, en su mayoría, de convicciones sionistas<sup>16</sup>. La asimilación al medio y el socialismo eran en aquel entonces alternativas preferidas. Acaso Hitler habría ganado la guerra si el odio a los judíos no lo hubiera obsesionado<sup>17</sup>.

Las opiniones de Elkana se ensamblan con los valores universalistas de la globalización. Para cooperar, todos los actores –particularmente los que fueron avasallados por los colonialismos europeos, rusos y norteamericanos–, precisan una dosis de olvido. De lo contrario no es verosímil una holgada inserción de Israel en la comunidad internacional, y el entendimiento con los países árabes se torna improbable.

Esta postura neo o postsionista reclama una drástica reducción de la democracia teológica que según algunos investigadores se ha institucionalizado en Israel debido a la participación de grupos y argumentos religiosos en la arena pública. Y más aún, cuando la corriente ortodoxa que domina en Israel suele negar avances tecnológicos sin los cuales el progreso real y la inserción en mercados amplios serían inimaginables.

Complementa esta demanda el apoyo a una privatización no sólo de los mercados, sino también de los valores. El individuo tiene derechos inalienables, incluso el de buscar mercados de consumo y países que le ofrezcan satisfacer sus demandas. Inclinación libertaria que se opone a los postulados tradicionales del sionismo, según los cuales sólo en Israel el judío puede manifestar

<sup>16</sup> Feldt Y., *The Israeli Memory Struggle*, Ph. D Dissertation, University of Copenhagen, 2004); también es importante D. Cessarani (ed), *The Final Solution: Origins and Implementation*, Routledge, Londres, 1994.

<sup>17</sup> A. Ravitzki, *El tiempo mesiánico y el Estado de Israel* (en hebreo), Am Oved, Tel Aviv 1993b.

con plenitud su capacidad creativa. Esta actitud puede conducir, por un contrapunto de la astuta dialéctica, a la disolución de Israel por propia mano.

Congruente con esta postura, que predica la racionalidad intrínseca y universal, los neosionistas se inclinan a aceptar las virtudes del libre mercado con algunas medidas compensatorias. Tendría éste una sabiduría intrínseca que lleva ineluctablemente a un tolerable equilibrio. Los procesos de aprendizaje pueden ser individualmente ingratos, pero en la suma global los vicios particulares acarrearán una virtud colectiva. Sin embargo, los neosionistas opinan que cabe preservar algunos principios del Estado bienestar a fin de moderar las desigualdades de clase.

Supone esta tendencia, además, que el Estado-Nación (incluyendo por cierto a Israel como Estado soberano) se ve seriamente contraído por la aparición de fronteras y criterios económicos que no coinciden con las limitaciones y los valores que la política nacional proclama. Sin embargo, los neosionistas no predicán ni la abolición del Estado ni exaltan las virtudes de la anarquía. Pero convienen en que las funciones estatales deben adelgazarse a fin de que la sociedad civil escoja lo que crea sabio y atinado.

Los neosionistas postulan la necesidad de entendimientos con el mundo árabe, particularmente con los países vecinos. La mentalidad de sitio cultivada por los gobiernos encubre conflictos internos, posterga su solución efectiva y es moralmente inaceptable, pues implica, en las presentes circunstancias, una moral de conquistadores que se opone a la ética universalista implícita en la globalización. La paz, por añadidura, ampliará las oportunidades y el crecimiento en el mercado regional.

Ciertamente, la postura neosionista subestima o elude graves interrogantes. Si la ética de mercado debe presidir todas las acciones e instituciones humanas –desde los negocios hasta las academias–, se llega a un universo darvinista en la que los que se conforman y aceptan sus reglas son los que triunfan. La sabiduría del mercado es exaltada a pesar de que no es hecho indisputable. Consideraciones de justicia distributiva, de discriminación compensatoria a favor de los sectores débiles, son extrañas a esta postura, o no merecen conspicua atención.

Por otra parte, esta postura no concede importancia cabal a los valores específicos del ser israelí o ser judío. Cada uno es libre de escoger los valores que le son afines sin considerar la solidaridad colectiva que es esencial-

mente “orgánica” (a la Durkheim, la caracteriza una distintiva división del trabajo entre intrínsecamente desiguales).

Claramente, los neosionistas cultivan en el mediano plazo un mundo pacífico, de convivencia, en el que la razón individual y del mercado dominan. Pero en el largo, puede conducir a situaciones absolutamente contrarias a las apetecidas. La economía conductista nos enseña que las decisiones individuales son generalmente erróneas, que la capacidad del sujeto para entender el mercado y entenderse es limitada, y que las decisiones humanas no siempre emanan de juicios equilibrios de costo-beneficio. Lecciones que los neosionistas no atienden con la prolijidad indispensable. A pesar de estas flaquezas, el neosionismo predica un humanismo kantiano a mi juicio acertado: no más “pueblo elegido”, ni “los judíos siempre solos vivirán” como postula el texto bíblico. Los judíos se han concentrado en Israel no para dissociarse de la comunidad internacional, sino para integrarse a ella. La globalización ofrece mecanismos eficientes para adelantar esta aspiración.

### *Los neonacionalistas*

En contraste con esta postura, y con importantes afinidades con los principios fundamentalistas, aparece en Israel un neonacionalismo sustentado en principios y en símbolos religiosos. Conforme a este postulado, no hay lugar para la “normalidad” a la A. B. Yohsua. El pasado y el devenir de los judíos son singulares. Su originalidad suscita inevitablemente la agresión del otro. Hay que tolerarla o resistirla. El pueblo judío tiene un compromiso trascendente con Dios, quien lo ha cuidado en sus 3,000 años de historia. Y tiene un mensaje universalista que alcanzará expresión en los días mesiánicos que necesariamente vendrán, ya sea por voluntad divina, ya sea por acciones humanas que se concretarán en el alcance de la tierra de Israel dentro de los límites indicados por la Biblia.

Cabe recordar sin pausas las perversas transfiguraciones de Amalek –desde los fenicios a los cruzados, a los nazis, y a los palestinos– y los padecimientos que han causado al pueblo judío. Dios hará justicia en el Fin de los Tiempos. La colonización masiva –versión oriental, si se quiere, de la conquista norteamericana del Oeste – de la Franja Occidental es el camino que obligará a Dios a apresurar la llegada del Mesías.

Por estas razones y circunstancias no hay lugar para la “normalidad”. Ni es viable ni es promisoría. El mandato bíblico prescribe la singularidad del pueblo judío y su soledad existencial, apenas comprendidas por el entorno. La hostilidad a los judíos es una reacción tolerable hasta que los pueblos se persuadan de la esencia universalista del judaísmo y de sus aspiraciones redentoras.

De aquí la necesidad imperativa de sostener y afianzar los principios religiosos y los símbolos que los corporizan. Por ejemplo, renunciar a Jerusalén en cuanto epicentro de la vivencia religiosa hebrea es un pecado mayor, y el Tercer Templo será construido en nuestro tiempo conforme a las instrucciones talmúdicas. En lugar de Estado, los neonacionalistas prefieren el término *Eretz* (la Tierra) de Israel que debe extenderse allende las fronteras hoy aceptadas. Es mandato religioso habitar las tierras “redimidas” por el ejército israelí en 1967. No se trata de una conquista, sino de una recuperación por mandato divino.

Y en cuanto a la democracia liberal, cabe aceptarla sólo en la medida en que no opone escollos a esta certeza. No es accidente que una de las instituciones odiosas para estos exaltados grupos religiosos es la Suprema Corte de Justicia. En su lugar, propician el restablecimiento de un Sanedrín orientado por rabinos de probada sabiduría y fe.

Anima al neonacionalismo la voluntad de abreviar las distancias que hoy se verifican entre etnias judías diferentes. En contraste con los neosionistas, que dejan estas brechas en manos del mercado sapiente, los neonacionalistas reclaman una intervención activa. La mujer, el pobre y el anciano recuperarán así el respeto que la modernidad urbana desmantela.

Ciertamente, la tecnología es aceptada, pero sólo en la medida en que no se contraponga a los principios religiosos. Por ejemplo, el derecho a apresurar la muerte por propia voluntad debe ser evaluado y aceptado por la autoridad rabínica, a semejanza del trasplante de órganos. El aborto no es aceptable a menos que la vida de la madre encare riesgos. Y los medios y contenidos de la televisión, del cine y del teatro deben ser regulados. Igualmente, el Internet debe proporcionar programas afines a la ética religiosa. Esta suerte de modernización selectiva les permite alentar el progreso tecnológico e incluso científico en la medida en que no contradice ni debilita los valores religiosos.

La resistencia al catolicismo y al Islam es importante aunque por razones desiguales. El mundo católico no sólo habría consumado masacres contra los judíos desde que adquiriera el poder eclesiástico en Europa, sino que difundió principios y símbolos que constituyen expresiones paganas para los judíos (y también para los musulmanes). Las efigies de santos y vírgenes en las iglesias serían la prueba de este paganismo, en contraste con las sinagogas (y mezquitas), desnudas de cualquier figura humana o animal.

Pero respecto del Islam el hostigamiento tiene otra causa: la resistencia –más pasiva que violenta– que ofrecen los palestinos a la configuración de la Tierra Santa conforme a las fronteras prometidas en la Biblia. En particular, los neonacionalistas hacen hincapié en que los árabes residentes en Israel no pueden gozar de igualdad de derechos –en especial el derecho al voto, en particular cuando cabe asumir grandes decisiones nacionales, como plebiscitos respecto a la posesión de las tierras conquistadas en 1967–. Cabe tolerarlos como minoría en la medida en que no objetan la presencia judía en *Erez Israel*. Pero la violenta y mutua hostilidad proseguirá hasta que Dios decida su término.

Aceptan la democracia pero en la medida en que se ajusta a los principios religiosos. Y si aquella es adversa a éstos, peor para ella. Democracia condicionada entonces. Los rabinos tienen una autoridad que se le niega al sencillo creyente, y por encima de ellos sobresale el Gran Rabinato que presenta afinidad más con la autoridad papal que con la libre disquisición que se conocen en las deliberaciones del Sanedrín y en las interpretaciones talmúdicas.

Finalmente, los meonacionalistas cultivan la solidaridad colectiva y las vivencias grupales en contraste con la soberanía del individuo predicada por los liberalismos. Propensión que conlleva reservas y limitaciones a la democracia y al juego holgado de los mercados.

### *Coda*

Atrapada entre la globalización y el fundamentalismo, la sociedad israelí debe ensayar y transitar un ramificado proceso de occidentalización selectiva y lúcida. Ni rendirse a los imperativos de la primera, que implican la reducción de los poderes del Estado nacional y de su legitimidad, amén de

una alianza espuria entre el poder, el capital y las propensiones militaristas, ni ajustarse a la segunda, que entraña la cerrazón de la sociedad, la supremacía rabínica y de los intérpretes –autorizados o improvisados– de la voluntad divina.

Tres condiciones parecen importantes para aproximarse a este proyecto colectivo que denomino occidentalización selectiva. La primera alude al carácter del liderazgo indispensable. Hasta el momento, Israel ha contado con dos perfiles de líderes. De un lado, representantes como Ben Gurión, Eshkol y Golda Meir que procuraron encontrar y negociar equilibrios transitorios a las diversas tensiones estructurales. Los tres suponían que la influencia religiosa se recortaría con el tiempo debido a la modernización industrial y al contacto con el mundo moderno, y que divisiones como las étnicas y las económicas se resolverían con medidas gubernamentales adecuadas y “paciencia histórica”. En cuanto a la minoría árabe, hay indicios de que finalmente abandonarán en medida importante el país cuando perciban que jamás tendrán aquí una genuina igualdad de derechos. Proyectaron la lógica de los judíos, cuando abandonaron países que les resultaron inhóspitos u hostiles. Pero olvidaron que la población árabe se sostiene con la convicción de que esta región les pertenece y que los judíos son los invasores que alguna vez deberán dejarla.

El segundo y actual perfil de liderazgo es más consciente de la pluralidad cultural y procura destacar sus beneficios. Tiende a arreglos y componendas coyunturales, sin una visión de largo plazo. Por una suerte de keynesiasmo cultural, el Estado es capaz de regular conflictos y ciclos manipulando las fuerzas económicas y políticas, y negociando alternativamente con los actores en pugna.

Ninguno de estos tipos es hoy adecuado. Se precisa un liderazgo político renuente a percibir soportes económicos de las diásporas, opuesto a la comercialización de la política, capaz de decisiones atrevidas, como la de vedar la intervención activa de las autoridades rabínicas en los asuntos públicos sin negar el carácter esencialmente judío del Estado. También es indispensable poner límites a las inversiones en el extranjero por parte de las 20 familias que controlan la economía israelí a través de directrices impositivas y administrativas. La alianza tripartita entre el poder, el capital y los altos mandos militares institucionaliza la corrupción y opaca la libre

voluntad de los ciudadanos para movilizarse militarmente cuando las tensiones regionales se encienden.

La segunda condición apunta al estímulo de organizaciones no gubernamentales en Israel y en la dispersión judía, de modo que puedan resistir desequilibrios y el deterioro progresivo de las instituciones democráticas. También la lucha contra la corrupción generalizada de los políticos debería representar la aspiración cardinal de estas organizaciones.

Finalmente, los medios de información deben atenuar los afanes populistas y mercantiles que hoy los caracterizan, en parte debido a la norteamericanización creciente de la sociedad israelí. Y en parte por su dependencia del gran capital y de los altos círculos militares. En estas circunstancias, la banalización de los medios alienta un rechazo a la modernidad y estimula tendencias alienantes que, al cabo, fortalecen la propensión fundamentalista.

Este ensayo no pretende agotar las múltiples interrogantes y dilemas que las interacciones entre globalización y fundamentalismo suscitan. Es una invitación a la lectura crítica de la situación israelí y judía contemporánea (incluyendo, por cierto, al texto que aquí se presenta) y a una revisión de conceptos convencionalmente aceptados. ❧